Borges y yo

El perturbador descubrimiento de otro ser que nos habita  puede ocurrir en cualquier alta noche en que por distracción o irrisión hacemos muecas ante el espejo del cuarto de baño y de allí surge ese desconocido que detenta nuestro rostro y quizá ya nos visitaba en los sueños.

Se pierde en la noche de los siglos el primer momento en que el ser humano descubrió que era él y a la vez era otro, pero (por lo menos desde el romanticismo) la literatura ha jugado labaraja del Jano bifronte, del Otro Yo, del Autrui, del Doppelgänger hoffmaniano, del antagonista William Wilson que acosa al  protagonista de un cuento de Poe, del doctor Jekyll y el Mister Hyde que se combaten en una breve, intensa novela de Stevenson.

“Yo soy el otro” había escrito Nerval al pie de uno de sus retratos en que ya se le advertía la mirada enamorada de la muy carnal y hasta regordeta actriz Jenny Colon, quien además en el delirio de Gérard se transfiguraba en otra: en Aurelia, la etérea hada dizque redentora.

“Yo es otro”, había dicho Arthur Rimbaud en una fórmula sintácticamente anormal pero perturbadoramente exacta; y el llameante ángel de la bohemia decimonona de París vino a ser el oscuro traficante de armas para los bárbaros jeques abisinios.

“¿Quién es ése que está escribiendo por mí”?, se habrá preguntado, ¿al borde de la locura o en un relámpago de lucidez?, el cuentista Guy de Maupassant en la noche en que, al entrar a su casa, encontró al otro Guy atareado ante el escritorio.

Tal vez  no ha existido un solo escritor que no haya sufrido o gozado alguna vez,  o muchas, ese perturbador momento en que uno se desdobla en lector y escribe leyéndose desde la otredad, como le pasaba a Jorge Luis Borges.

El “Borges” que Jorge Luis retrató en una suerte de poema en prosa al habitual pero no menos inquietante Alter Ego; el Borges que, según se halle en el anverso o el reverso del espejo, puede ser el personaje ilustre, el internacionalmente admirado Jorge Luis Borges, o, como diría Baudelaire, su hipócrita lector, su semejante, su hermano… y su contrario.

Borges, viajero por espejos y laberintos,  practicante de una magia mental y verbal, tenía que interesarse en la otredadde los seres, en el otro habitante de su persona. Sabía que persona significa máscara, es decir un artefacto para ocultar ¿o revelar? ese personaje distinto y aun adverso del que somos o creemos ser, y, en una  noche en que volvió a él esa revelación, escribió una de sus mejores páginas, “Borges y yo”, que me ahora me permito traer desde su misceláneo libro El hacedor:

EL OTRO

Hay un cuento de Borges, que se llama **«El otro»,** en el que el autor, ya viejo, se encuentra con un muchacho que es él, pero de joven. El texto dice: «*al recordarse, no hay persona que no se encuentre consigo misma».* Así me siento yo al escribir estas líneas donde me veo con poco más de veinte años y a Borges muy anciano, casi en la proporción y distancia del cuento aunque, en realidad, no era tan viejo, tendría unos 70 y aún viviría una quincena más. **Sucedió en Buenos Aires,** y el clima de mi historia es el previo al **golpe militar del general Videla**, un tiempo convulso en el que la mayoría de los estudiantes situaba sus intereses en una lista que, casi siempre, comenzaba con la política y continuaba con la libertad sexual, para luego desaguar en todo lo demás.

En esos años, Borges se había jubilado en la Universidad de Buenos Aires. Como quería seguir enseñando, **se dirigió a la Universidad Católica**, donde yo cursaba mis estudios de Letras, **para ofrecer sus servicios como profesor de Literatura Inglesa**. Lo que sucedió entonces, a la luz de los hechos ulteriores, puede parecernos una escena absurda: como su agnosticismo era conocido, y el conservadurismo de la Universidad Católica pertinaz, su propuesta fue rechazada. Hoy parece imposible pensar que no se pusieran de rodillas pensando que un milagro acababa de suceder, pero así eran las cosas en aquél entonces. Borges era nuestro y, por tanto, **centro de debates de todo tipo**, tanto a favor como en contra, aún no había fraguado sobre su figura esa capa de bronce que lo protegería de las inclemencias de la historia. Como estaba contando, yo era joven, muy joven, y no particularmente borgeana, porque no lo había leído en profundidad, pero valoraba su escritura y sospechaba que, si lograba tenerlo como profesor, iba a vivir, cuando menos, una experiencia interesante. De modo que, junto con algunos alumnos de la universidad de diferentes colores políticos, **redactamos una carta pidiendo que se lo admitiera.** Y así, sin bombos ni platillos, casi por la puerta pequeña, llegó Borges a nuestra rutina de estudiantes.

Recuerdo que me emocionó verlo entrar a nuestra clase. Vestía siempre un traje gris y corbata, se sentaba frente a nosotros y comenzaba a hablar del tema que le interesaba a él, que podía coincidir, o no, con lo que pautaba el programa. Era muy tímido, tremendamente amable, un poco tartamudo y, de pronto, se abría en una sonrisa casi infantil donde exhibía su placer por lo que estaba contando. Así, frente a la clase, con su portentosa memoria de ciego podía, a veces, pasarse horas recitando poemas en anglosajón. Nosotros, tan dados a los debates y a la protesta, **lo escuchábamos en un silencio sacrosanto** porque, ¿quién se atreve a interrumpir a un ciego que no puede ver tu mano levantada? ¿Quién era el valiente, quién la intrépida capaz de discutir con Borges? De pronto se cansaba, o se aburría de nosotros, y **sacaba del bolsillo un reloj de oro que pegaba a un ojo para ver cuánto tiempo más tenía que soportarnos**.

Pensando en esa escena, todavía me divierte imaginarme a mi misma, una chica ahora tan ficticia como el joven del cuento borgeano, sentada allí con mi minifalda, entre los peligros de la militancia y los amores desbordantes, **lectora voraz de todo lo que me caía en las manos**, sin entender, muchas veces, nada de lo que me contaba. Con él aprendí qué es un kenningar, o escuché, por primera vez, el ritmo bélico del verso anglosajón, sus cortantes hemistiquios. No creo que Borges pretendiera, seriamente, enseñarnos anglosajón. Tampoco creo que diera por hecho que lo comprendíamos. Posiblemente **disfrutaba compartiendo aquello que recitaba, las sílabas trabadas y duras,** explicando la compleja y, a veces, obtusa, construcción de las antiguas metáforas. Lo que sí nos quedaba clarísimo en esas clases era que **la literatura resultaba, para él, una forma superior de la felicidad**. Años más tarde esta lectura me haría comprender muchos elementos del ritmo de la prosa de Borges.

Y así fue avanzando el curso. No sé si había un programa, lo cierto es que nuestro profesor siguió hablando con ese estilo suyo de darlo todo por sabido, compartiendo, como si fuéramos gente que estaba a su mismo nivel, filias y fobias, puesto que **nunca dejó de darnos sus opiniones**, **tantas veces teñidas de mordacidad**. Nada era solemne en Borges, mantenía una pasión por la literatura en la que siempre estaba presente la distancia crítica y el humor. Creo que suponía que, en nuestro destino de literatos, no era necesario enseñarnos lo evidente. De manera que, **en lugar de leer a Shakespeare, leímos a Christopher Marlowe**, nombres como **Thomas de Quincey** o **David Garnett** empezaron a poblar nuestras tertulias. Si algo aprendí con Borges fue a leer de otra manera, sin prejuicios sacralizadores, y a estudiar por mi cuenta las cosas que era obvio que debía saber. Borges fue uno de los pocos profesores que, a lo largo de esos años convulsos, nos contagió su entusiasmo y nos hizo sentir, aunque no lo éramos en absoluto, que éramos sus pares. Nos enseñó que la literatura consistía, ante todo, en una forma de vida. Son **muestras de su actitud y su carácter** las tardes de domingo en las que, durante 3 o 4 horas, reunía en su casa, de manera gratuita, a un grupo de estudiantes.

Si algo aprendí con Borges fue a leer de otra manera, sin prejuicios sacralizadores, y a estudiar por mi cuenta las cosas que era obvio que debía saber. Borges fue uno de los pocos profesores que, a lo largo de esos años convulsos, nos contagió su entusiasmo y nos hizo sentir, aunque no lo éramos en absoluto, que éramos sus pares. Nos enseñó que la literatura consistía, ante todo, en una forma de vida.

**En el sexto piso de un sencillo apartamento de los años 30, Borges convivía con su madre**. Sólo dos habitaciones, la de «madre» y la de Borges, con una cama pequeña, una silla, una biblioteca. En la sala, pues, con el sofá de espaldas a la ventana, se leía de manera no académica sino literaria, marcando afinidades, mapas, rutas a través de los libros. Mi amiga y compañera de facultad, **Teresa Parodi**, las describe así: “**En general, elegía él lo que leíamos, pero también surgía de la conversación**. Sobre todo poesía, a veces, algo de prosa. Se podía valorar cómo sonaba un texto, buscar similitudes y, si se encontraban coincidencias, se buscaba la fuente del parecido”. La generosidad de Borges con los jóvenes estudiantes no terminaba allí. Si teníamos que preparar un texto para su asignatura, **nos recibía en la Biblioteca Nacional, donde trabajaba**, y se tomaba todo el tiempo del mundo para escucharnos.

Y vuelvo a verme, con mi seria pasión de los veinte años y «**Memorias de un fumador de opio»**bajo el brazo, discutiendo cara a cara con el que, pocos años más tarde, perdido ya ese ingenuo fanatismo de la primera juventud, yo misma reconocería como el mejor escritor del siglo XX. Y ahí estaba Borges, sentado frente a mí, escuchándome con su caballeroso interés, asintiendo con la cabeza, como si mis teorías juveniles fueran lo más acertado del planeta; **todo le parecía interesante y discutía puntos de vista**, aceptaba, con su educada ironía, cierto nivel de contradicción y, me temo, de petulancia.

Cuando leí «**Las** **ruinas circulares»**me sentí representada en ese vasto colegio ilusorio en el que el aprendiz de fantasma presenta al maestro “ciertas perplejidades” en las que él adivinaba (o imaginaba) una inteligencia creciente. Una tarde, en la biblioteca, lo vi conversar con **Victoria Ocampo**. Allí se reunían, ella en alpargatas, como si fuera a la compra, y **Bioy Casares,** los tres conversaban, íntimos y cariñosos, como los viejos amigos que eran. Cuántas veces he envidiado esos tiempos en los que la literatura, lejos de las tensiones del mercado, era natural e importante, cuando el intercambio de libros y de opiniones era una forma cotidiana de la amistad y de la cultura.

Una tarde, en la biblioteca, lo vi conversar con Victoria Ocampo. Allí se reunían, ella en alpargatas, como si fuera a la compra, y Bioy Casares, los tres conversaban, íntimos y cariñosos, como los viejos amigos que eran. Cuántas veces he envidiado esos tiempos en los que la literatura, lejos de las tensiones del mercado, era natural e importante, cuando el intercambio de libros y de opiniones era una forma cotidiana de la amistad y de la cultura.

A veces, cuando vuelvo a Buenos Aires, paseo por la calle Florida y entro en la **Galería del Este,** ahora muy decaída, y **veo la librería en la que se sentaba Borges para descansar y conversar un rato.** Está muy cerca de su casa, cerca también de la que fue la casa de mi padre. Allí, me cuenta el librero, mientras rescato algún ejemplar de los libros que él recomendaba, se sentaba Borges para hablar de libros. Teníamos clase hasta las diez de la noche. **A la salida de la facultad, siempre había alguien que venía a buscarlo**, lo tomaba del brazo y lo acompañaba hasta su casa. ¿Quién era? Nadie en particular, era cualquier lector. Y Borges, con su bastón de ciego, se dejaba ayudar, seguía conversando, tal vez sobre el tema que había expuesto en clase.

Publicidad

Recuerdo que, cuando llegó el momento del examen final, recibí un sobresaliente. No porque me lo mereciera, sino porque él no concebía interrumpir a quien hablaba. Quizá el rato escuchando mi exposición apasionada sobre los temas que me había enseñado a disfrutar le hubiera hecho gracia, o tal vez, es muy posible, pensara que una conversación sobre literatura no se puede evaluar con una nota. **Muchos años más tarde viajé a Suiza y visité su tumba**, donde unos antiguos guerreros lo protegen y hay una frase tallada en la piedra: “y que no temieran”. Y recordé ese otro texto, «**Borges y yo»***,* donde escribe*: lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición.* **Sólo la madurez nos hace conocer los regalos de la juventud, valorar su importancia**. Entonces, pensando en qué homenaje podía hacer a aquel hombre tan poco dado a los cañonazos del boato, dejé sobre su tumba una chocolatina: hace un frío tremendo en Ginebra.

Ç++++++++++++

“Borges y yo”: redundancias, mutismos y ventriloquias.

Un examen del relato “Borges y yo” muestra en realidad un proceso de lucha en la escena de la escritura, de interpelaciones cruzadas, entre el pronombre y el nombre propio. “No sé cuál de los dos escribe esta página,” la frase con la que concluye este relato, es quizá la más citada para invocar la ambigüedad que parece presidir la supuesta poética postestructural de Borges. Si la tesis de este trabajo no es errónea, esta frase cobra sentido dentro de las tesis postestructurales antes señaladas (“the impossibility of coming into being,” o el sujeto mediado por la Ideología en cuanto que sujeto), o mejor dicho, esas tesis, consiguen cifrar dónde estaba la novedad del texto de Borges: en que avanzaba dichas tesis. El pensamiento crítico simplemente tiene que enlazar esa frase con el supuesto teórico de la prosopopeya o de la Ideología, para que el texto, hasta entonces oscuro, cobre sentido; o para que lo gane la teoría. La circularidad del proceso es ejemplar y hubiera divertido mucho al mismo Borges.

Interpelar a alguien es someterle no sólo a la Ideología, sino a un preciso mecanismo de identidades, a flujos de poder que rigen la constitución de las mismas. Según mi hipótesis de lectura de “Borges y yo,” el sujeto, el “yo” que escribe o que parece escribir, no sólo se vuelve opaco en la narración, sino que se revela contra la identidad que lo rige, el apellido “Borges.” Aunque parece diluirse, o rendirse, en aquel al que en principio enfrenta en esa frase final, como veremos, ese “diluirse” no puede ser entendido como una claudicación abierta ante la omnipotente capacidad deformadora del lenguaje, sino más bien como todo lo contrario. Es cierto que “Borges y yo” no es sino la minuciosa preparación del efecto ambiguo que va a producir la frase final, pero no menos cierto es que esa preparación modifica la intención de la misma. Si se la devuelve al texto, la frase no expresa duda, sino inquietud; pero no la del sujeto que escribe, sino de la casi omnipotente identidad: el que escribe esa frase final es “Borges,” y no “yo.”

En términos gramaticales, el poder ideológico se expresa en el lenguaje, como dominio del nombre propio sobre el pro-nombre. Esta afirmación contrasta con la que yo he propuesto, y me obliga a volver sobre lo que Borges escribe de Borges en “Borges y yo.” No repito el nombre por un despiste retórico, sino porque el título instaura una tautología, una redundancia. El mismo escritor indicó más de una vez, por ejemplo en “La biblioteca de Babel” que “Hablar es incurrir en tautologías” (I, 286), otra de esas citas que se desgajan del texto borgiano y se convierten en tópicos. Pero, en la tautología, ¿incurrimos realmente? Pienso que quizá recurrimos a ella, más que incurrir. La tautología, clásicamente, es la expresión de un predicado que ya venía dado en el sujeto. A esto se podría contestar fácilmente, ya que la tautología sólo es redundante, sólo es tautología como tal, para los lógicos, siendo algo absolutamente común en el lenguaje corriente. Resulta curiosa, en esta misma línea, la simpatía que Borges muestra hacia algunas expresiones tautológicas, como la expresión inglesa *forever and a day* (Peicovich 126-7). La razón de ese interés es que esta sentencia no es una tautología: es una metáfora, donde el segundo término marca la imposibilidad del primero, revocando humorísticamente el poder que *forever* invoca (la eternidad). Del mismo modo, la tautología “Borges y yo” imposibilita, como veremos, el sentido de propiedad y de poder absoluto sobre el sujeto, que instaura el primer predicado, “Borges,” nombre propio, cifra de la identidad que cierra el relato, sobre el yo, que parece un mero soporte de tan compleja literatura. El relato confesional se convierte entonces en el pliegue necesario por el que una cierta resistencia puede ser instaurada. La innovación de Borges en este texto pasa por esta nueva concepción de la confesión como lugar no de postración, sino de batalla: contra la identidad personal.

De aquí podemos sacar una valiosa lección, y es que la prosopopeya, cuando es vinculada a las diversas escrituras del yo, implica una tautología. Bien pensado, la prosopopeya de de Man consiste en que un hombre se vista con la máscara de un hombre para hablar de sí mismo, lo que demuestra que el primero no podía ser tal. A la prosopopeya se la denomina también personificación, y quizá bajo ese nombre la naturaleza tautológica del tropo resulte más clara. Decir que la prosopopeya es tautológica no implica decir que es una estupidez o una arbitrariedad, ni mucho menos. La tautología es algo absolutamente común en el lenguaje corriente, y puede tener un poder desestabilizador. Como en *forever and a day* el *day* trabaja contra *forever*, “yo” trabaja en el texto contra “Borges.” La máscara de la prosopopeya es en realidad la única manera de liberarse de la identidad personal; el *de-facement* pasa de condición a estrategia. Borges, como escritor, no puede conjurar la ambigüedad sustancial del lenguaje humano, pero puede situarse en una posición que le permita reapropiarse de esa ambigüedad, y convertirla en técnica literaria. Como en el carnaval bajtiniano, los que participan en él han de vestir una máscara, no para morir, sino para morir y renacer como un otro posible en un mundo más justo.

En “Borges y yo” asistimos a ese proceso. El escritor argentino saca todo el fruto posible de la captación de ese exceso que es el “yo” en relación con “Borges.” El texto se presenta aparentemente como el intento de resistencia fútil de un yo tautológico, excesivo, que tendrá que plegarse finalmente a los designios de Borges. A poco que leemos, nos damos cuenta de que la separación entre lo que se denomina “Borges” y lo que se denomina “yo” es la clásica separación escritor/hombre. Todo escritor, es sabido, sacrifica su vida a su obra, en una forma u otra (o juega a que la sacrifica), y no pocas veces ese sacrificio se anuncia desde paratextos a su obra: normalmente, noticias del escritor que dan sus amigos, sus familiares, o sus allegados. El patetismo de estos gestos de sacrificio, viene a colaborar en la construcción de una imagen casi heroica de los autores. El tema, tan común en la literatura del siglo xx, es tomado y reelaborado por Borges, que lo lleva en este texto a su límite y a su exasperación. Silvia Molloy llama a esto “escena de escritura” y le confiere un lugar fundamental en la constitución del sujeto autobiográfico latinoamericano.

Pero ese carácter exasperador, humorístico, no se percibe, y la prueba de que el cuento se ha leído de forma diferente es precisamente la cita desgajada de la frase “No sé cuál de los dos escribe esta página.” Si esa operación es pertinente, si la frase se puede desgajar del texto en el que está inscrita, y puede citarse fuera de él sin problema alguno, es como si ella sola contuviera la esencia de la innovación borgiana. Lo primero que llama la atención es la fisura entre esta frase “No sé cuál de los dos escribe esta página” y el resto del texto. “Borges y yo” consta de dos párrafos, y el segundo de ellos es solamente esta frase. ¿Cuál es la razón de esta fractura? En el primer párrafo se parece preparar someramente el camino que nos llevará al segundo. Ese camino pasa por demostrar la futilidad de toda sublevación contra la identidad personal. El “yo,” desde su escritura, constituye una fragmentación entre sujeto e identidad, y atribuye a la segunda, a “Borges,” un poder de absorción sobre el primero que crece conforme avanza el primer párrafo. Cuanto más trata el “yo” de metamorfosearse para huir de la absorción, con más fuerza se resitúa “Borges” en los cambios, más se agranda su figura.  Nada puede salvar al “yo” de esa posesión, que han convertido sus gustos, su vida entera, en una “mecánica;” ese Borges es otro, además, que comparte las preferencias del yo “pero de un modo vanidoso que las convierte en atributos de un actor.” El “yo” afirma que “poco a poco voy cediéndole todo;” y también que “Hace años yo traté de librarme de él y pasé de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito, pero esos juegos son de Borges ahora y tendré que idear otras cosas.” Finalmente, se establece la proposición aditiva que va a entrar en colisión lógica con la última frase del relato, y que ocupa la última línea del primer párrafo: “Así, mi vida es una fuga, y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro” (351).

Digo que entra en colisión con el tan traído y llevado “No sé cuál de los dos escribe esta página” porque, si en la línea anterior se ha concluido afirmando taxativamente que “todo es del otro,” la duda de la siguiente frase es por fuerza una incongruencia de “Borges,” no de “yo.” O mejor aún: es una voz ventricular, una suplantación. Se podría argumentar que no es así, que esa frase ilumina la visión del “yo,” que de repente advierte desde donde está hablando, dónde están siendo colocadas (es decir, resignificadas) sus palabras: en un texto del autor. Sin embargo, creo que el tiempo verbal presente de “todo es del otro” hace redundante esa súbita visión, porque la incluye dentro de sí misma: si todo es del otro, es lógico que esa práctica de la escritura también lo sea. Es imposible algo que escape de ese “todo.”

En esa incongruencia radica pues la fuerza del “yo,” la fuerza que Althusser niega, salvo para lo que toca al discurso científico, y de Man no se atreve a afirmar, porque considera que la retórica está presente en todo acto lingüístico. Por el contrario, creo que se puede entender ese “todo es del otro,” esa incongruencia, junto con el cambio de párrafo, como la herida que se abre en el texto para marcar el paso de un hablante al “otro,” del “yo” a “Borges.” Ese “todo es del otro,” primero, traza la línea estratégica de silencio del “yo,” la idea a partir de cuya comprensión cabal ya no se puede seguir hablando: el momento en que nos damos cuenta de que las palabras revolucionarias se han vuelto atributo de alguien contra el que trabajábamos o contra el que pretendíamos trabajar. Segundo, sirve casi como el nombre de un personaje en una escena teatral: es como si el “yo” nos avisara de que ahora habla el otro. Sutilmente, el “yo” insinúa su imposibilidad lógica de seguir hablando, y le cede la palabra a su homólogo; como consecuencia, el texto se parte en dos párrafos, y “Borges,” sin percibir el mutismo estratégico del “yo,” cae en un exceso, pronuncia la frase que de hecho le derrota, “No sé cuál de los dos escribe esta página,” dando cuenta así del fracaso de la absorción. La fuga del “yo” se completa así, y provoca una carcajada en el lector, que de repente ve que la imagen del sujeto reflejada en el espejo de la ideología, la identidad personal, ha empezado a hablar por sí sola, sin la presencia del sujeto que la debe fundamentar. La identidad no habla sino para expresar su terror de haber sido destronada; precisamente porque sin esa sumisión del “sujeto,” en cuyo movimiento de huida radica su poder (el de la identidad), no es sino un fantoche, un poder hegemónico hecho pedazos.

Por lo tanto, el tono semipatético del “yo” en el primer párrafo no es sino una máscara que cubre otra posible intención; una prosopopeya, sí, pero deliberada, cuya función es poner a hablar a la identidad, y silenciar la parodia (parodia de la sumisión a la identidad personal, parodia que provoca la palabra, destronada, del otro). Desde esta tesis es posible invertir la sumisión del texto de Borges a la teoría postestructuralista y romper el círculo crítico; incluso, quizá, releer el texto demaniano y althusseriano, para hacer énfasis en las posibilidades humorísticas que abre la quiebra del poder absoluto del lenguaje o de la ideología, y no tanto en las imposibilidades que ambos nos imponen.